

El gordo Pérez

Cohete Beeper Bota

Era un día común de trabajo. Estábamos a más de 4000 m.s.n.m. haciendo mediciones meteorológicas con el gordo Pérez, mi inseparable amigo de la universidad. Prácticamente habíamos crecido juntos.

- Gordo, el **cohete** está en posición, ¿lo lanzo?

- Lánzalo- mandó por el **beeper**.

Mientras monitoreaba las mediciones observé que su figura caía y sin importarme el cohete, corrí hacia él. En el camino se me trabó una **bota** pero seguí corriendo.

- Gordo, ¿estás bien? Háblame.

No respondía

- Conchatumare, háblame, no te mueras. ¿Qué le voy a decir a tu mujer?

Inesperadamente, un ente de agua salió de la laguna que se encontraba cerca y avanzó poco a poco hacia mí.

- Te he visto, sé cuánto lo quieres y quieres que viva.

- Pero ya de nada sirve.

- ¿Darías tu vida por la de él?

- Sí.

Entonces me tocó en la frente y caí. El gordo despertó. Lo último que escuché fueron sus gritos entre sollozos

-No, no, nooooooooo...



M. Abramovic

Bonita y Limpiecita

Cohete Beeper Bota

La sábana se pega a mi cara. He soñado conmigo tirada desnuda en un gran jardín, mirando al cielo veo cómo un hermoso **cohete** pasa a lo lejos. Pero esa no es la realidad. Son las tres de la tarde, cinco veces me he despertado desde que llegamos en la madrugada. Carlos no logra convencerme de salir de la cama.

Mi **beeper** suena, pero no quiero ir al trabajo, es la segunda vez en lo que va del mes, este trabajo tampoco me durará. Carlos no entiende cómo un día puedo bailar sin parar y al día siguiente parecer un muerto sobre su cama, no entiende como un día me pongo bonita, limpiecita, bien arregladita y al día siguiente mi ojo no se despegaba de la almohada. Pero él no dice nada, nunca dice nada. Prefiere hacer algo de comer y dejarlo en la mesita de noche. Y yo pienso en las pastillas, en la necesidad de las pastillas.

No me logro despertar. Alzo un brazo y vuelve a caer. Por fin mi torso me responde, mi cabello cae hacia adelante, mis brazos se aferran al borde de la cama, me logro poner las **botas**. Alcanzo el teléfono. He decidido. Es bueno tener el número del chaman después de todo. El cual reemplazará a las pastillas. Le cuento a Carlos mi plan y me dice que mejor me vuelva a acostar.

Después de todo, no puede estar tan mal. Los sueños psicodélicos volverán.

El Cuentacuentos

Claire de Lune

Diskette Pollito Piano

Los *pollitos* acaban de salir del huevo, Juan Carlos. ¿No quieres ir a verlos?- me comentó papá mientras estaba sentado redactando.

- Ya te dije que no me interesan esas estupideces de granja, papá- repuse enfadado, mientras intentaba llevar mi mente hacia las calles de Paris donde Loui, mi personaje, enamoraba a las damas parisinas.

- Estás enojado conmigo desde hace varios días. ¿Qué te pasa, muchacho?
Me exalté, he de admitirlo. Abruptamente, tiré la silla y lo encaré.

- Mírame, ¿no lo ves?, tengo sueños de escritor grande. No debería estar aquí, redactando en una pc tan obsoleta donde solo puedo almacenar mis cuentos en *diskettes*. ¡NO LO ENTIENDES!, estoy harto de toda esta porquería.

Mi padre me observó detenidamente, y pude ver la pena y la congoja en los ojos donde me veía reflejado. Se dio media vuelta, y se alejó de mí.

Han pasado aproximadamente diez años desde aquel incidente. Las noches en París con llovizna y opera son aquellas que estuve buscando durante muchos años. Un *piano* de cola larga daba la melodía de Claire de Lune, mientras me detuve en una librería a observar mi primer libro publicado.

De repente, alcé la mirada. Pensé en mi padre, en los pollitos que no logré observar. Un libro no lograba guardarse en un diskette, pero quizá podría llevar mi libro publicado hacia mi pueblo en San Mateo. Sí, eso haría.

Ya, en San Mateo. Un funeral se estaba llevando a cabo.



La Careloca

Mariposas en el estómago

Diskette Pollito Piano

Vivo con mariposas en el estómago. Antes me gustaba esa sensación, cuando aún estaba Santi. Nos conocimos en una feria, estaba con mis amigas cuando lo vi, y me vio, y nos vimos. Me habló tímidamente con una sonrisa entrecortada y un ansia en la mirada. Fue amor a primera vista, y el sello de nuestro amor fue nuestro **pollito**, lo llamé hámster.

Añoro aquellas épocas, en las que no había muchas preocupaciones en la vida y no te llamaban loca por contar sobre tus mariposas en el estómago. Añoro aquellas épocas en las que mis hijos me oían cuando hablaba, en las que en la casa había paz y silencio, pero no soledad, nunca soledad. Pero no se puede frenar la tecnología supongo, todo empezó con el **diskette**, de ahí todo se vino en picada. Mis nietos no recuerdan ni mi rostro, solo los veo con sus aparatos en las manos. Ahora en la casa hay soledad. Solo hay soledad.

Santi me dejó hace ya mucho tiempo, no he aprendido a vivir sin él. Todavía me parece escucharlo en la sala, tocando nuestra canción en el **piano** blanco que me regaló mi abuela hace ya tanto tiempo. Ahora tengo la edad de mi abuela Blanca, 83 años y las mariposas ya se acaban.

Tengo un camisón blanco mientras camino por la calle y lo único que hay es soledad. Silencio. Calma. Camino por el puente en el que Santi me pidió que me case con él. Lo tomo de la mano y vuelo con mis mariposas, por los vientos, por el aire, con Santi.